

Marta Logroño García
Colegio Lasalle Montemolín (Zaragoza)
ARAGÓN



EL VERDE DE LA ESPERANZA

Me desperté. Los primeros rayos de sol entraban por la ventana acariciando mi blanca piel. Poco a poco, fui abriendo mis ojos. La luz comenzaba a invadir aquella pequeña y acogedora habitación. Me incorporé. Mis pies fueron tocando el frío suelo. Las puntas de los dedos, la planta, el talón...

Lentamente, fui andando hasta la cocina. Mi madre estaba allí, tan guapa como siempre, con esa sonrisa que lo iluminaba todo. Seguí observando, Mi padre también estaba. Con esos ojos azules como el mar, tan profundos, los únicos capaces de hacerme sentir que todo está bien, de espantar todos mis miedos y temores.

Estaba Feliz. Pero no era una felicidad normal. No era de las que te hacen gritar y no poder parar de moverte. No. Era diferente. Me sentía segura y tranquila. Me sentía bien. Mi sentía, como ya he dicho, feliz.

Me dispuse a desayunar sentandome en aquella cómoda silla de madera con su almohada a cuadros rojos y blancos.

Pero mi madre me lo impidió- Dijo que tenía una sorpresa. ME vendaron los ojos y me guiaron delicadamente.

Todavía iba descalza. Pude sentir como mis pies recorrían el frío suelo de aquella vieja cada en la que, año tras año, había pasado las vacaciones de verano. Mi pies seguían avanzando. Notaba como pequeñas mariposas en el estómago. Estaba nerviosa.

De repente, la sensación cambió. Mis pies ya no tenían frío. Ahora tocaban algo diferente. Era suave y... Sí, también era blando. A cada paso que daba notaba que mis pies se hundían lentamente. Como si flotara en una gran nube blanca.

Sin prisa, llevé mis manos al nudo de aquel pañuelo rosa que no me dejaba ver. Tardé un poco. No tenía miedo de lo que iba a encontrarme, simplemente temía que la magia de aquel lugar se fuera al observarlo con los ojos, y no con el corazón.

Por fin, la venda que tapaba mis ojos cayó al suelo, junto al pañuelo rosa. Después de ver aquello no volví a ser la misma. Cada tarde, regresaba con un cuaderno, un lápiz, colores y toda la ilusión del mundo. Dibujaba las bellas y azules cascadas, los altos y robustos árboles, los pequeños animalillos... Jamás había visto tanta belleza junta.

Pero lo que más llamaba mi atención era la hierba. Era de un color verde esmeralda. El color de la esperanza. Me encantaba rodar por la hierba colina abajo, riendo, sintiendo como el aire chocaba contra mi... Me sentía libre, viva, como nunca me había sentido.

Estaba tan despistada pensando en mis cosas, recordando, imaginando, soñando... que me costó darme cuenta de que una dulce y cariñosa voz susurraba suavemente mi nombre.

Estaba tan agusto, apoyada sobre aquel árbol, sobre la cómoda hierba... Pero abrí los ojos.

Me sobresalté. ¿Dónde estaba? Este no era aquel maravilloso y hermoso lugar. Al contrario. Era triste y deprimente.

Todas esas paredes blancas, todos esos aparatos... Era horrible.

A mi lado estaba mi hermana pequeña. Me estaba llamando. Me levanté. Había un pitido que comenzaba a irritarme. Quedé paralizada al ver, tumbada en una cama en frente de mí, a mi madre. Estaba dormida, tan seria... No entendía nada. Empezaba a ponerme nerviosa. ¿Qué estaba pasando?

Me senté bruscamente, ya lo recordaba. Un coche en dirección contraria, esa luz que nos cegó, gritos y, luego... Solo oscuridad y silencio.

De nuevo ese pitido. No me dejaba pensar. ¿Qué debía hacer? Mi hermana temblaba. Estaba asustada, tenía miedo. Lo veía en sus ojos.

Sabía que mi padre ya no estaba, que nunca volveríamos a verle, a abrazarle, a sentir su barba pinchando nuestra mejilla al darnos el beso de buenas noches.

De repente, varios hombres con batas blancas entraron rápidamente en la habitación. Yo comenzaba a entenderlo. Ellos me hablaban, pero ya no escuchaba nada. Mi vista estaba centrada en un punto. Estaba centrada en esa línea recta verde y en aquel molesto y constante pitido.

Es lo único que recuerdo de aquel terrible día. El día en el que el verde pasó de ser el color de la esperanza al color del llanto y el dolor.

También tengo grabadas las últimas palabras de mi madre: “Es lo único que debes recordar. Por muchas veces que corten la hierba, ella nunca se rinde, siempre vuelve a crecer.”

Y como la hierba, volví a crecer.